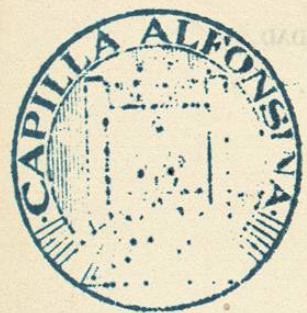


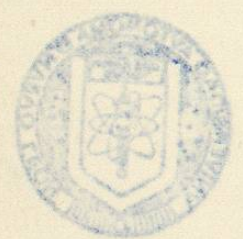
BX1756
.L3
547

SERMON

PREDICADO
POR EL EXCMO. SEÑOR DOCTOR
DON FRANCISCO XAVIER DE LAPOSTOL
Y PARRALOS,
ARZOBISPO DE MÉXICO,
EL DÍA 2 DE FEBRERO DE 1868,
EN LA SOLEMNÍSIMA FUNCIÓN QUE LA HERMANDAD
DE LA QUINTA CRUCISTIA
CELEBRA ANUALMENTE
EN HONOR DE LA STA. CRUZ.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso
Biblioteca Emeterio

Este divino Maestro, antes de abrir la carrera de su pasión,
había prevenido el discurso de los Apóstoles con una misteriosa
profecía que cumplió para siempre mas tarde convirtiéndose en el
significado en un monumento hasta de poder de grandeza y de
gloria, diciendo: «esto lo he de hacer hacia mí desde el instante
mismo en que haya sido lavada la tierra con la sangre de los
santos».

«*Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi.*
Ad Galatas c. 6.º v. 14.»

Mas nunca Dios permita que yo me glorie sino en la Cruz de Nuestro
Señor Jesucristo.—S. Pablo á los Gálatas, cap. 6. v. 14.

SERENÍSIMA SEÑORA. (*)

CUANDO aquel hombre misteriosa y milagrosamente suscitado
de entre los masentusiastas perseguidores de la Cruz, para
llevarla en persona como enseña, como doctrina, y código, y
galardon, por las vastas regiones del Gentilismo, ya transformado en
apóstol, recorría los pueblos desempeñando la misión de salud que le
había confiado Jesucristo; cuando Pablo, sirviéndose de sus epístolas
difundía la luz de una doctrina celestial, y el fuego de un amor divino,
y la fuerza de una virtud omnipotente por aquellas Iglesias plantadas
con su celo y cultivadas esmeradamente con la ternura de su corazón,
como las primicias del nuevo reino; pronunció una palabra, digna de
su inspiración y de su genio, cuya prodigiosa fecundidad, desarrollada
incesantemente en la serie de los siglos, es aún hoy día la fuerza y el
poder de nuestros discursos sagrados. Llamando al tribunal de su
magisterio todos los atributos de la gloria, cuanto había ocupado y
podía ocupar aún con interés á todos los hombres; la ciencia, el poder,
la grandeza, la felicidad, resolvió soberanamente la célebre
cuestión con esta sentencia sublime: «Léjos de mí, el gloriarme en
otra cosa que en la Cruz de Jesucristo Señor Nuestro.» *Mihi autem
absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi.*

(*) Doña María Luisa Fernanda de Borbon, infanta de España, estaba presente.

005732

Este divino Maestro, ántes de abrir la carrera de su pasión, habia prevenido el discurso de sus Apóstoles con una misteriosa profecía que aplazaba para un poco mas tarde convertir un patíbulo ignominioso en un monumento ilustre de poder, de grandeza y de gloria, diciendo: «todo lo he de atraer hácia mí desde el instante mismo en que haya sido levantado de la tierra,» es decir, católicos, desde que haya sido clavado en la Cruz. El Apóstol se inspiraba todo con esta idea en los momentos de trasmitir aquel concepto á los fieles de Galacia, como un tema que debía, no solo dirigir sus discursos, sino tambien gobernar su conducta en el sistema de las relaciones que los unian entre sí como miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

En consecuencia de esto el Apóstol reputaba como indigno de ocupar el pensamiento é interesar el corazon de los verdaderos fieles, todo aquello que no fuese tocado á este madero: porque no reconocía mas luz que la que él despedía, ni mas fuerza que la que él comunicaba, ni mas honra que la que distribuía, ni mas poder que el que acababa de instituir, ni mas gloria por tanto, que la que habia dejado vinculada en él con sus merecimientos infinitos la Gran Víctima del Calvario. *Mihi absit, etc.*

Este madero augusto representa en efecto, católicos, todo el triunfo de Jesucristo sobre los enemigos de su reino. De instrumento de suplicio, quedó trasformado en trono de gloria; y él solo, atravesando con magestad entre la verdad y la virtud el dilatado curso de los siglos, reúne todos los triunfos, preside á todas las glorias, y en su calidad de enseña del nuevo reino, nos dá el derecho y nos impone al mismo tiempo el deber, á cuantos nos hallamos alistados en esta milicia sagrada por el Bautismo, de hacer con la profesion de nuestra fe y el sistema de nuestra conducta un éco fidelísimo, á las palabras del Apóstol, diciendo como él á nuestro turno: «Léjos de nosotros el gloriarnos en otra cosa que en la Cruz de J. C. *Mihi absit, etc.*

¿Qué asunto, pues, mas adecuado á la solemnidad presente y mas conforme á vuestra piedad, que el que subministran á una y otra estas palabras de S. Pablo? Sin salir de ellas, hermanos míos, podemos admirar en la contemplacion de los mas bellos triunfos las glorias de la Cruz. Identificadas esencialmente con Aquel que murió en ella, son infinitas, y traspasan con mucho los límites de nuestro

pensamiento. Pero sin la pretension de abarcar el inmenso conjunto, podemos columbrar un tanto su comprension, fijándonos en ciertos puntos, cada uno de los cuales, representa la accion de lo infinito sobre la humanidad. Sí, la accion de lo infinito: porque sin una virtud infinita, el mal hubiera sido incurable, la muerte moral absolutamente infalible, y la condenacion eterna del todo inevitable. La humanidad, que lo tuvo todo para perderse, nada habria podido para salvarse, si Dios no la hubiese restaurado para inmolarla, é inmolado para salvarla. Los grandes triunfos de la Cruz nacen de aquí, siguen fielmente la generacion del mal, reparan todas las pérdidas, y con solo esto conquistan todas las glorias. El orgullo de la ciencia comenzó la obra de destruccion y el apetito sensitivo consumó la ruina. Cada estrago conservó su castigo propio. Quiso el hombre conquistar la ciencia de Dios, y cayó en la mas lastimosa ignorancia: anheló el placer, y sorprendió á su razon encadenada por los sentidos. Enturbada así la fuente, el mal se propagó á las generaciones, el caos habia envuelto á la inteligencia, la depravacion universal habia sucedido al candor puro de la humanidad inocente; y cuarenta siglos despues, en las vísperas del advenimiento del Mesías, el profeta lanza una mirada sobre el mundo y retrocede horrorizado al verle sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Hé aquí la obra que el Padre reservaba á su Unigénito muerto en la Cruz: iluminar este nuevo caos, resucitar este inmenso cadáver. Esta luz y esta vida fueron un hecho desde que Jesucristo exhaló el último suspiro; y su Cruz, gran símbolo de sus humillaciones y sus grandezas, de sus tormentos y su poder, de sus combates y sus victorias, quedó á la enseñanza, veneracion y gozo del pueblo redimido en lugar del mismo Jesucristo; y nosotros con el derecho y la obligacion de referir á ella lo que diríamos del Salvador, y de referir al Salvador lo que digamos de la Cruz.

Voy pues, hermanos míos, á recorrer con vosotros en esta solemnidad los grandes triunfos de la Cruz representados en la restauracion intelectual, moral y social del género humano.

Mas á fin de que la palabra evangélica produzca sus mas felices efectos en el ministro que la predica y en el auditorio que la escucha, ocurramos todos llenos de fe y de confianza á esa Madre dolorosa crucificada en espíritu con su divino hijo, y recibiendo al pie de la Cruz aquella daga terrible que le anunció el profeta Simeon

considerándola ya desde entonces como socia del mismo Jesucristo en los tormentos de su pasión y coredentora del mundo. ¡Oh María! dignate comunicarnos en ocasión tan solemne, como Madre de la divina gracia, la que necesitamos todos para meditar con provecho los augustos misterios de la Cruz. Así te lo pedimos considerándote con Jeremías como un mar de amarguras y saludándote siempre con el Ángel llena de gracia.

AVE-MARÍA.

Si la restauración intelectual del mundo es el primero de los troféos que engalanan ese madero sagrado no imaginéis, católicos, que al conceptuarlo y demostrarlo así, tenga yo la idea ni de suponer inactiva por espacio de cuatro mil años la razón humana, ni de afirmar que sus incesantes tareas hubieran sido tan inútiles que careciese de todo linaje de conocimientos. No: léjos de mí emplear esa táctica propia de la desconfianza: porque la verdad católica no ha menester para sus triunfos de empobrecer con supuestas hipóboles el campo enemigo. Bien sabéis que la antigüedad gentilica poseía filósofos, legisladores, oradores y poetas, y que las obras maestras de estos últimos son todavía objetos dominantes en la escuela del buen gusto. Sin embargo, á pesar de todas aquellas luces, de aquellos portentosos esfuerzos de investigación, de aquellos legisladores y de aquellos moralistas, el profeta no exageraba cuando mostró al mundo todo ciego y todo corrompido; ni el Evangelista, cuando refiriéndose al Verbo encarnado, le presenta como la luz que resplandeció en medio de las tinieblas.

PRIMERA PARTE.

Profundamente penetrado de estas ideas, conocedor y desengañado como el que mas, del poco valor y menor utilidad de la sabiduría humana, Pablo, despues de haber estado en el Areópago, la relegó al desprecio, diciendo con una énfasis sublime: yo no quiero saber mas que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado. Sentencia de profundísimo sentido, y práctica sinópsis de la inmensa revolución hecha por la Cruz en los vastos dominios de la inteligencia. Sí, católicos, el hombre pensaba; pero pensaba mal: el hombre sabia; pero sa-

...

bía poco y lo sabía mal: el hombre había adquirido algunos conocimientos, pero precarios y estériles. El gran *desideratum* de la inteligencia estaba todo en pié; pues bien considerada la necesidad intelectual del mundo, lo poco que había, por su carácter, su confusión, su inseguridad, su limitación y su excentricidad del cielo, podía compararse con la nada. Todo estaba por enseñar, todo por aprender; y esto es lo que hizo por completo la escuela de la Cruz. Saberlo todo, cuanto exige nuestro destino inmortal; saberlo con la seguridad que comunica lo infalible; saberlo sin mezcla de errores y de absurdos; saberlo en el orden mas perfecto; saberlo de una manera práctica y con provecho, el mas grande para el hombre en todos los estados y condiciones de su vida moral y social; hé aquí la razón católica: establecer el reino de la razón católica sobre las ruinas del Sanhedrin, del Areópago, del Liceo, es decir, á pesar de los esfuerzos del judaismo y del gentilismo; hé aquí la obra de la Cruz. El Apóstol de las gentes tenía pues, católicos, una razón incontrastable para no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado. ¿Cuál es esa razón? Escuchad: porque esta ciencia hace resplandecer toda la sabiduría divina en la fuerza de su testimonio, en el carácter de su contenido, en la estension de su influjo y en el perdurable goce de sus frutos infinitos.

Esa Cruz encierra la plenitud de la verdad en todas sus faces, desde la creación hasta la redención del hombre; ata con sus brazos al Paraíso con el Gólgota. La creación del hombre y su estado primitivo, el primer pecado y sus tristes consecuencias, las promesas de un Redentor que aparecen en los momentos mismos en que va á naufragar la esperanza; los patriarcas constituyendo la primera sociedad, la sociedad doméstica, rigiéndola con la ley de la naturaleza, trasmitiéndose unos á otros su historia y sus esperanzas; la gran corrupción que sepultó al mundo entre las aguas del Diluvio; la salvación de la estirpe que hace sobrevivir á la humanidad en el arca misteriosa; el nuevo patriarcado que marca la gran transición de la sociedad y de la ley desde Noé hasta Moisés, que publica un código escrito é instituye la sociedad civil; los profetas presentándose al través de los siglos, como otros tantos enviados para ir bosquejando al Mesías, cada uno de ellos con caracteres mas parecidos; en fin, las ceremonias sagradas, las instituciones legales, la ley moral, los personajes mas ilustres y los

mas gloriosos hechos: todo viene á colocarse al pié de ese símbolo sagrado desde que ha muerto en él el Redentor del mundo para dar el testimonio mas cumplido á la verdad.

Mas este gran testimonio, que era ya bastante por sí mismo para ministrar los mas robustos apoyos á la creencia, recibió mayor fuerza todavía con los milagros de Jesucristo, la voz de su eterno Padre en el Tabor y en el Jordán, y los caracteres de su doctrina.

¿Quién es capaz de ponderarlos? ¿Cómo encarecer el sublime poder de los misterios desde el dogma sacrosanto de un Dios trino y uno hasta la encarnación del Verbo en las entrañas de María, desde la institución de la Eucaristía y la pasión y muerte del hombre Dios, hasta la resurrección de la carne y el juicio universal?

¿Y qué os diré, católicos, de ese orden maravilloso que resplandece en el conjunto de esta ciencia sublime, de la armonía que los dogmas, los preceptos y las máximas forman entre sí y en sus relaciones con Dios y con los hombres? En vano se había procurado llegar á esta unidad, y mas en vano todavía darle al mismo tiempo el doble carácter de una ciencia elevada y una razón comun, de hacer admirar igualmente lo que hay de mas grande en la razón de los sábios y de mas sencillo y fácil para el sentido comun de los pueblos. ¡Cosa admirable! tratándose de las relaciones entre Dios y la humanidad y de la gran ciencia de nuestro último fin, el niño cristiano sabe mas que Platon.

Pero sobre todo, católicos, hay dos caracteres que ni aun á pretender se atrevieron todas las antiguas escuelas en medio de su vanidad y de su orgullo. Con sus iniciaciones impostoras se apellidaron depositarias de misterios; con sus sistemas se gloria-ban de haber alcanzado los honores del orden y de la economía; con sus adeptos creyeron conquistar la universalidad; pero nadie pasó de aquí. Encerrados dentro de los linderos de simples especulaciones de un orden puramente natural y sin ir mas allá de los límites del tiempo, los sábios del paganismo estuvieron muy léjos aun de aspirar á lo santo y á lo eterno. Mas estos dos atributos brillan con caracteres indelebles en la doctrina de la Cruz, doctrina toda virtud y santidad en el gran cuerpo de sus revelaciones, de sus mandatos y de sus consejos; toda inmortalidad, eternidad, ventura sin fin, sin límite y sin mezcla, en todas sus promesas.

Sí, católicos: una palabra de Jesucristo lo enseña todo. Refirién-

dose á las almas fieles que perseveran en el cumplimiento de su ley, dice que Él y el Padre vendrán á ellas y harán su mansion en ellas. Tal es el carácter de la doctrina practicada. Ella trasforma el alma en digna morada del mismo Dios; y por esto S. Pablo asegura que los cristianos son miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Y no se trata, católicos, de esas virtudes ficticias con que una estéril filosofía intenta deslumbrar á los incautos: no se trata de la austeridad presuntuosa del estóico, de la clemencia calculada del vencedor, ni de la liberalidad astuta del político; se trata de la virtud cristiana, se trata de la santidad de la Cruz, de la santidad misma, y la santidad es otra cosa.

Y bien ¿cuál es la fuerza que sostiene á todos los justos en la práctica de una doctrina, cuya severidad parece desconcertar á la naturaleza? Las trascendencias eternas de su accion, la felicidad con que brinda, sus augustas é inmortales promesas.

Al anunciarlas el Redentor del mundo borró para siempre todas las pretendidas glorias de la virtud humana, trasformando en objetos de su predileccion eterna las cosas mas despreciables y aun aborrecidas del mundo. Hasta entónces habíase apelado á los tesoros y á las armas, á la seduccion y á la venganza, á los goces y á las grandes influencias, para esplicar la felicidad. Pero él que iba á ser crucificado se apresuró á corregir los errores de cuarenta siglos. Encumbra la montaña, abre sus labios y reúne á sus escogidos entre los pobres de espíritu, los mansos y humildes, los que han hambre, los que lloran, los que padecen, los pacíficos, los misericordiosos, los limpios de corazón; en fin todos aquellos que se unen con Él, llevando su Cruz y andando con ella esta carrera de expiacion que pasa por el Calvario y conduce al cielo.

¡Oh Cruz! ¡hé aquí los caractéres de tu doctrina, de esta doctrina soberana que todo lo ilustra y todo lo somete! ¡Hé aquí tus triunfos sobre la inteligencia hundida en las tinieblas mas espesas de la ignorancia y del error, y resucitando á la luz de la verdad bajo la influencia poderosa del Apostolado que presides!

¿Cómo encarecer debidamente, católicos, este resultado precioso que debió el mundo al magisterio de la Cruz? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! esclamaré con un orador contemporáneo. El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales: errores é impostu-

ras la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelian á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores; y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado sino con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraíso. Hé aquí la obra representada en ese madero Santo en favor del entendimiento para hacerle volver de las tinieblas á la luz. Pero no nos detengamos aquí: porque si la cruz es la escuela de verdad que forma la razon católica, es tambien un poder soberano que depura el corazón, rige la conducta y forma las virtudes cristianas. Veámos, pues, en la restauracion del mundo moral el segundo troféo de la Cruz del Salvador.

SEGUNDA PARTE.

Grande era, católicos, y á todas luces imponderable la necesidad intelectual que aquejaba al género humano al cabo de su tenebrosa carrera de cuarenta siglos entre los últimos restos de una ley que había casi perecido por completo y los destellos fugaces de una razón empeñada lastimosamente en la ridícula tarea de poseer por derecho propio el cetro de la inteligencia sobre todos los objetos de las investigaciones humanas. Mas á pesar de esto, y sin embargo de lo mucho que para confirmarlo y encarecerlo nos refiere la historia, puedo aseguraros ciertamente que aquella necesidad no era nada respecto de la que oprimía por todas partes, sin hacerse sentir, el corazón de toda la humanidad. Es tan grande la diferencia entre una y otra, que á la vista de la inmensa contaminación que corroía por todas partes las entrañas del hombre moral, parecía que no presentaban el menor carácter alarmante los males de la inteligencia. ¡Cosa admirable! Uno de los poetas gentiles, dando cuenta de sus propias impresiones, ponía de manifiesto el estado comparativo de ambos mundos, el de las ideas y el de los sentimientos, confesando la inconsecuencia de su conducta con su razón. Sentimiento natural que no podía faltar, supuesto que aun quedaban algunas ideas aunque puramente especulativas de justicia y de razón. El corazón estaba enfermo y sus síntomas eran profundamente mortales; y aquellos conatos de perfección y reforma que de tiempo en tiempo se hacían, eran, por explicarme de esta suerte, los

movimientos instintivos de un moribundo que lucha por reincorporarse en la vida.

Los antiguos tenían pues, moralistas y legisladores; es decir: buscaban con avidez la reforma del hombre, y querían poner en armonía las costumbres con las leyes para la perfección de la sociedad. Su empeño y solicitud fueron tales que nos vemos tentados á considerar aquella laboriosidad como el bello ideal del heroísmo de la inteligencia por dominar el corazón. Sin embargo, católicos, todo había sido inútil, y la esperanza se alejaba más y más, á medida que multiplicaban sus tareas aquellos sábios reformadores. ¿Qué faltaba, pues? Una cosa, nada mas; pero una cosa que no podía salir del hombre: faltaba la gracia, y la gracia no tenía su procedencia, ni podía tenerla tampoco en la humanidad. Todo en esta se hallaba en contradicción y guerra; porque nada estaba en su lugar. Esta máquina desconcertada por las más infames pasiones no podía restaurarse por sí misma. Su concierto era la paz, y la paz debía ser una consecuencia de la justicia. Mas la justicia no existía: porque, sacrificada por el hombre delincuente en el Paraíso, había huido de la tierra. ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo realizar ese portentoso? ¿Cómo llegar á esa restauración del mundo moral, mas admirable que la creación del Universo, según la bella expresión del Profeta?... El Verbo eterno descendió desde el seno de su Padre al seno de una Virgen, para nacer en la tierra con la misión divina de restaurar, mediante su sacrificio, la verdad, la virtud y la felicidad; pudiéndose ya decir desde entonces, como un hecho felizmente realizado, que la Verdad nació sobre la tierra, y que la Justicia, no contenta con pasear desde lo alto sus miradas, como cantaba David, bajó de los cielos para darse con la paz en la tierra el ósculo de amor. *Justitia et pax osculatae sunt.* Así, con la santa Humanidad de Jesucristo venido para padecer y morir en esa Cruz, quedó firmado en el cielo entre Dios y el hombre, un nuevo tratado de amistad, alianza y ventura, tan firme, que nada podían contra él, el tiempo ni la muerte, concertadas como lo fueron en el establo de Belén la gloria de Dios y la paz de los hombres.

Ya desde entonces, católicos, la carrera del tiempo cambió de valor y de carácter. A los siglos estériles siguieron los siglos fecundos; á la inmensa procesion de todas las gangrenas morales sucedió el

innumerable ejército de todas las virtudes, desfilando una tras otra, presididas por la Cruz, del tiempo á la eternidad. No hubo ya ni una hora insignificante, ni un hecho sin grandes consecuencias; y ¡admirable, estupenda maravilla! cada uno de los cristianos era en sí mismo, por el infinito poder de la Cruz, un cielo nuevo y una tierra nueva. ¿Y por qué, Católicos? Porque el triunfo de la Cruz, multiplicando milagrosamente lo que de suyo es único é indivisible, hizo que el reino de Dios estuviese encerrado en cada uno de aquellos que fuimos redimidos en ella.

Pero ¿cómo explicar, me direis, un cambio que instantáneamente realiza lo que rindió en vano las fuerzas de toda la sábia é ilustre antigüedad? Ya os lo he indicado bastante: por la adquisicion de dos medios esenciales, uno para el entendimiento y otro para la voluntad, ninguno de los cuales podia venir del hombre: la fe y la gracia. El entendimiento sin la fe podrá saber menos; pero no mas de lo que alcanzaron los sábios del gentilismo con todos sus afanes: la voluntad sin la gracia es el mas raquítico de los seres entre las garras de los brutos mas feroces.

¿Lo habeis comprendido bien, católicos? Hasta aquí hemos visto el *porqué*; pero sospecho que vuestra razon y vuestra piedad santamente asidas de estas grandes ideas, quisieran engolfarse todavía en la meditacion del *como*, esto es, del modo con que tan gran trasformacion se hubo realizado: ¿Queréis saberlo? Léjos de mí el empeño de abrir esas puertas que cierran los mundos del misterio, las invisibles sendas de la gracia; pero sin necesidad de tanto, yo puedo con la luz espléndida que me dá el Evangelio, poner á vuestra vista los caminos esternos, es decir, los medios revelados de esta restauracion. Atended.

Los antiguos habian dicho: «por el entendimiento á la verdad; por la verdad á la virtud; y por los placeres á la dicha.» Veis desde luego que en la cuestion de la felicidad se dividian el entendimiento y el corazon. Jesucristo para reformar al hombre, cambió de rumbo, diciendo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» ¿Habéis meditado alguna vez, católicos, la doble luz que sale de esta sentencia del Salvador? Como grande objeto de imitacion, gran revelacion de la verdad y fuente de la vida, sí, yo lo sé: porque esta es la religion, esta es la moral, esta es la expansion del espíritu, esta la sávia que nutre la santidad. Pero no es esto todo, ni yo os pre-

guntaba esto solo. Esta es una luz, y yo hablo de dos: esta es la luz del contenido, y yo hablo tambien de la luz del orden con que todo está espesado, *camino, verdad y vida*. Este orden, católicos, esta sucesion con que se presentan en el lenguaje de Nuestro Señor Jesucristo los elementos de la felicidad, no es una cuestion de sintáxis, ni una cuestion de lógica, ni una cuestion de historia. Esto es otra cosa, tan alta, maravillosa y divina, tan encumbrada sobre toda gerarquía, tan superior á cuanto el entendimiento pudiera alcanzar despues de todas las investigaciones unidas, como no se puede ponderar. Este es el secreto de un Dios hombre reconstruyendo los caminos de la dicha, de una felicidad pura, suma é inmortal, que es lo que constituye la vida eterna, la parte práctica del Evangelio, la verdadera escuela de la Cruz, de la Cruz de Jesucristo. Si, católicos, ahí está el secreto de la manera admirable con que se combinan los elementos de universal restauracion: en aquella sentencia sublime, se revela el modo con que se obró la trasformacion intelectual y moral de la especie humana. Renovad vuestra atencion.

Preciso es confesar, Católicos que el hombre al acometer la empresa de una reforma general, era lógico empezando por la verdad; como lo hubiera sido comenzar por el entendimiento el estudio de sus facultades internas. Pero esta lógica de las ideas no era la de la historia, ni menos podia ser la de aquella ciencia práctica puesta en juego para curar las llagas de la humanidad. No: no era ya tiempo de abrirse brecha al corazon por las regiones del entendimiento; y por esto Nuestro Señor Jesucristo, gran médico de la humanidad corrompida, dá de mano al empirismo de la ciencia, contrariando, precisamente para sanar al hombre, los pasos que el hombre habia dado para perderse. Al naufragio de la verdad, bien lo sabéis, precedió en el paraíso el naufragio de la virtud: el hombre no cegó sino despues de haber pecado. Era pues indispensable que á la resurreccion de la verdad se llegase por la de la virtud; y que el sacrificio y la abnegacion con la gracia, poniendo al hombre en posesion de la fe viva que justifica, le allanasen los caminos de la verdad, y le condujesen por ella á los goces de la vida eterna. Hé aquí, católicos, un proceder maravilloso; disponer con la reforma del corazon la reforma del entendimiento, promulgar desde una Cruz la ley del sacrificio y de la expiacion, y hacer salir de esta ley, la virtud, la verdad y la vida. Es decir, que no

podía llegarse á la verdad sino por Jesucristo, que es el camino: que no podía llegarse sin Jesucristo, que es la virtud, y que para llegar á ella, es necesario estar unido con Jesucristo. ¿Cómo? Escuchad aún al Divino Maestro: «*El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.*» Es decir, católicos: el secreto de la virtud, el secreto de la verdad, el secreto de la vida, está todo y solo en la Cruz del Salvador. ¿Por qué? primero, porque negarse á sí mismo es la preparacion indispensable para llevarla; segundo, porque sin llevarla, no se puede seguir á Jesucristo; tercero, porque llevándola con espíritu cristiano, todo está conseguido, nada falta: la santidad es la forma de la vida moral; la bienaventuranza, la consecuencia infalible de una muerte santa.

Ya comprenderéis, católicos, á la luz de estas verdades el porqué de esa reciprocidad esencial que hay entre la cruz y Jesucristo, y cuán cierto es que sin ella no nos es dado seguir al que murió en ella, y cómo con ella, no solamente le seguimos, sino que vivimos en él, y él vive en nosotros. Comprenderéis también cómo siendo Jesucristo el camino, es necesario seguirle constantemente, ó perderse para siempre: porque en esto no hay medio; porque andar fuera de él, es caminar en el caos y parar en los abismos. Al contrario, seguirle, es nadar en un océano de esplendor: porque Jesucristo es la luz del mundo; y esta luz divina no es de aquellas que desaparecen á la hora ménos pensada, no es de aquellas que brillan solo para divertir: porque el que anda con Jesucristo no anda en las tinieblas, y la luz que se le dá, es nada ménos que la luz de la vida. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae.* Ved pues, católicos, cifrado en la posesion inamisible de Jesucristo el toque final de perfeccion de este cuadro: esa muerte mística que hace desaparecer del hombre al hombre, sin dejar en su lugar mas que á Jesucristo. Muertos estais, decía el Apóstol, aludiendo á esas almas generosas que han hecho ya todas las esperiencias en esta escuela de amor: muertos estais, y vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Feliz aniquilamiento, que vuelve al céntuplo cuanto se sacrifica, trasformando al hombre, como dice Tertuliano, en una especie de Jesucristo. ¡Admirable trasformacion! que hacia esclamar extasiado al apóstol de las gentes: «No vivo yo: sino que Cristo vive en mí.»

Ved aquí, católicos, radicalmente innovados los elementos

de una restauracion universal: ved aquí un cuadro enteramente nuevo; una verdad que sigue á la virtud, y un entendimiento que viene tras las huellas del corazon: ved aquí una escuela práctica donde todo es espíritu y vida: ved aquí un aprendizaje abierto á los pequeños y sencillos, á los que ya son de Jesucristo por haberle seguido; y en el cual no se requieren grandes talentos y heroicos esfuerzos de investigacion, sino que basta ser dócil y humilde, para ser perfecto.

¡Cuánto pudiera deciros, católicos, sin salir de estos conceptos, para arrobaros al pié de esa Cruz, fuente de tantas maravillas, arca de tantas riquezas, manantial de tan puros y elevados goces! ¡Con qué placer me detendria con vosotros, á contemplar el mas bello de todos los trofeos que engalanan la Cruz del Salvador, en ese panteon ilustre, donde aparecen en toda su grandeza las virtudes del cristianismo! ¿Qué no podria deciros á la vista de los mártires que prodigaban su vida por Jesucristo, y sin otras armas que el heroismo de su paciencia y la generosidad de su fé, hicieron caer al fin ante la Cruz á los pueblos y á los Reyes convertidos? ¿Qué, si en presencia de los confesores, os hiciese admirar el heroismo de la penitencia, los prodigios de la abnegacion, y todo el imponente aparato de la austeridad, ofreciendo á Dios el martirio del corazon crucificado para el mundo, y no menos grande que el de la sangre vertida en los cadalsos? El alma se estasia cuando contempla esa maravilla suprema que presentan en la Iglesia sus Doctores eximios, pasmo de su siglo, salvadores del saber antiguo, y fundadores de la nueva ciencia, génios de primer orden, prodigios de erudicion y de inteligencia, que no quieren saber otra cosa que á Jesucristo crucificado; y la lengua es impotente para explicar los sentimientos que deja en el alma el preciadísimo cuadro de las Vírgenes que van á esparcir en los desiertos, ó encierran en los claustros los aromas de la santidad, y que rodean de punzantes espinas, la bella flor que han consagrado á Jesucristo, para que no la contamine la atmósfera del mundo, ni aun el contacto del pensamiento.

Pero, católicos, inmensa es la materia, breve el tiempo, y estrecha la necesidad para mi objeto de completar la gloriosa revista de tantas victorias, haciéndoos pasar de la restauracion de la verdad y la virtud á la regeneracion completa de toda la sociedad.